Jacques Le Goff

La vieja Europa y el mundo moderno



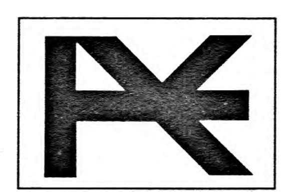
Alianza Editorial

La vieja Europa y el mundo moderno

Sección: Humanidades

Jacques Le Goff:
La vieja Europa y el mundo moderno

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *La Vieille Europe et le Monde Moderne*
Traducción: Mauro Armiño

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-0768-1
Depósito legal: M. 40.787/1995
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

Europa es antigua y futura a la vez. Recibió su nombre hace veinticinco siglos y sin embargo sigue hallándose en estado de proyecto. ¿Puede responder la vieja Europa a los desafíos del mundo moderno? ¿Es su edad fuente de solidez o causa de fragilidad? ¿La vuelven capaz o incapaz sus herencias para afirmarse en la modernidad? Interroguemos como historiadores a la larga duración.

Europa hace su entrada en la historia por la puerta de la mitología. Hija de Agenor, rey de Fenicia, habría sido raptada por Zeus metamor-

foseado en toro, que la llevó a Creta donde, de sus amores con el rey de los Dioses, nació Minos. La Europa así bautizada por los geógrafos griegos de la Antigüedad nace en el mito en el seno del estrato de alta cultura más antiguo de Occidente, la cultura griega. Y sin embargo la geografía no imponía la individualización de un continente Europa. El dibujo de sus costas identifica a África o a las Américas. Europa no es más que la punta del inmenso continente asiático que, por tanto, habría que llamare euraasiático. Pero ¿no aportan respuesta los griegos a una pregunta que se volverá y seguirá siendo mayor: cuáles son los límites de Europa por el Este? Las estepas de la actual Rusia, las altas mesetas que separan Anatolia de los valles del Éufrates y del Tigris son la zona indecisa en que Europa sale de Asia.

Los griegos tienen sin embargo una conciencia nítida de la oposición que existe entre los dos continentes y sus habitantes. Según sus teorías, que otorgan un papel determinante a la influencia del clima sobre la naturaleza física y moral de los individuos y de las sociedades,

como hará Montesquieu en el siglo XVIII, el célebre médico griego Hipócrates, que vivió a finales del siglo V y principios del IV antes de la era cristiana, estima que los europeos son valientes pero belicosos, mientras que los asiáticos son sabios, cultivados, pero sin nervio; los europeos tienen en mucho la libertad y están prestos a batirse por ella, su régimen político preferido es la democracia; los asiáticos aceptan fácilmente la servidumbre a cambio de la prosperidad y de la tranquilidad, se acomodan a regímenes despóticos. Este esquema ideológico que subsistirá hasta las Luces y más allá (¿no es el concepto marxista de modo de producción asiático el heredero de la teoría del despotismo asiático?) refleja la mentalidad de hombres marcados por la lucha de las ciudades griegas contra el imperio persa, pero ofrece al nacimiento de la conciencia europea la idea democrática. El mundo moderno ha vuelto a encontrar esa idea precisada y complicada por la historia, las naciones democráticas de hoy tienen otras dimensiones que la Atenas antigua, pero ¿no han seguido siendo Platón y Aristóteles fuentes de la reflexión europea sobre la democracia?

De este modo, algunos temas mayores de la historia de Europa están planteados desde la Antigüedad griega. Aunque modificados por la historia política, los datos geográficos siempre fundamentales siguen planteando la misma pregunta: ¿qué fronteras tiene Europa por el Este? La civilización griega propuso valores fundamentales que en la actualidad siguen siendo instrumentos intelectuales y éticos para los europeos: la idea de naturaleza, la idea de razón, la idea de ciencia, la idea de libertad y, sobre todo, tal vez el concepto de duda y su práctica. ¿No ha sido el espíritu crítico una de las herramientas esenciales del pensamiento y de la acción de los europeos y no sigue siendo en la actualidad una de sus grandes bazas frente al ritualismo o al fundamentalismo de otros pensamientos que no han sabido acoger la duda metódica?

El Imperio romano parece señalar un desliz de Europa. Se centra en el Mediterráneo, engloba amplias porciones de África y de Asia, pero su centro es Italia, país europeísimo. Consigue penetrar con su civilización unitaria en amplias regiones: Portugal, España, Norte de Inglaterra, Galia, valle del Rin hasta Maastrique, valle del Danubio hasta Aquincum en las puertas de la actual Budapest. La huella romana sigue siendo visible en muchas ciudades europeas, porque esa huella es sobre todo urbana. El Imperio romano difunde una lengua que dará nacimiento al conjunto de las lenguas románicas y que aún pervive en la acutalidad, y que hemos de esperar que siga perviviendo, una lengua europea de cultura, el latín. Respetando a las naciones, les otorga el título, de que están orgullosos, de ciudadano romano, en tiempos del emperador Caracalla, a principios del siglo III de la era cristiana. Un san Pablo, que ya se beneficiaba de ese título, se sentía con igual orgullo judío y romano. El Imperio romano difunde en esa Europa que va de Escocia a Sicilia y de Galicia a la futura Hungría, hábitos que seguimos encontrando en las costumbres europeas, ya se trate de una alta cultura basada en el escrito, el libro y la escuela, o en prácticas cotidianas. Los europeos consumen vino más allá de las regiones que lo producen, utilizan la piedra y el ladrillo, como sucesores de aquellos albañiles y de aquellos arquitectos que fueron los romanos, o incluso hacen un uso público y sonoro de la pala-

bra que, en las diversas lenguas de Europa, provoca el nacimiento, casi por todas partes, de los oradores, y se expresa mediante una retórica.

Pero, bajo una aparente unidad, el Imperio romano creó un gran muro, el que separa el Occidente latino y el Oriente griego.

En Occidente, el Imperio romano no sobrevivió a la invasión e instalacion de poblaciones, sobre todo germánicas, procedentes de más allá del *limes,* la línea militar de defensa contra los nómadas, cuya impotencia muestra que toda muralla es incapaz de detener el movimiento de la historia y que los conjuntos políticos y culturales que se encierran tras estas murallas lo único que hacen es exponerse mejor a la irrupción de aquellos a los que no han sabido acoger ni integrar. El hundimiento del Imperio romano también se debe a la destructuración de una economía monetaria de largo radio de acción, al desarrollo de una crisis urbana, a la fragmentación de la economía en regiones ruralizadas, a la pauperización de las masas y a la crisis de los valores del mundo pagano. La prefiguración de Europa que fue el Imperio romano de Occidente también pone de manifiesto la necesidad que tiene un conjunto político y cultural de mantener vivas y juntas una economía y una moneda, ciudades innovadoras, poblaciones que escapan a la miseria y valores capaces de inspirar una fe y de esclarecer la acción.

La gran novedad religiosa e ideológica de la Europa occidental a partir del siglo IV es el cristianismo. Muy pronto ese cristianismo se escinde en un cristianismo latino al Oeste y griego al Este, hecho que profundiza la oposición entre la parte latina y la parte griega del Imperio romano. Esos dos cristianismos siguen alejándose cada vez más uno de otro y crean una frontera cultural de larga duración que vendrán a endurecer las fronteras políticas, desde Escandinavia a Croacia de un lado, englobando a bálticos, polacos, checos, eslovacos, húngaros y eslovenos, desde Rusia a Grecia de otro. Un aspecto de esa frontera ofrece hoy una imagen sobrecogedora: el foso pasa entre la Croacia romana católica por el Oeste y lo que será la Serbia orto-

doxa por el Este. Esa frontera que sanciona en 1054 el cisma de Oriente, que sustrae de modo definitivo la Iglesia griega al Papado romano, separa la cristiandad occidental de Bizancio y del mundo eslavo ortodoxo. En el Este va a oponer un mundo bizantino fastuoso, conservador de las herencias antiguas, más debilitado cada vez por la explotación económica de los occidentales, menguado por el avance turco hasta su caída en 1453, un mundo en que el rey, el Basileus, acumula un poder imperial y un poder pontificio, y un mundo ruso que vacila entre el modelo occidental y los atractivos del oriente asiático; y en el Oeste, un mundo dividido, barbarizado, mal unificado por dos cabezas, el Papa y el Emperador, pero que va a conocer un extraordinario desarrollo económico, político y cultural, y a emprender una expansión cada vez más conquistadora, la cristiandad latina. Esa cristiandad es la Europa medieval. Los pueblos instalados en el Imperio romano forman con las poblaciones que vivían en él estados puestos bajo la autoridad de un jefe conquistador que toma el título de rey e instaura una dinastía reinante: los godos y luego los lombardos en Italia, los visigodos en Aquitania y en

España, los francos en la Galia, los anglosajones en la multiplicidad de pequeños reinos en Gran Bretaña.

De este modo se dibuja un primer esbozo de Europa sobre una doble base: la comunitaria de la cristiandad, modelada por la religión y la cultura, y otra, diversificada, de los distintos reinos fundados sobre tradiciones étnicas importadas o pluriculturales antiguas (germanos y galorromanos por ejemplo en la Galia). Ésa es la prefiguración de la Europa de las naciones, porque desde sus orígenes Europa muestra que de la diversidad de naciones puede hacerse la unidad: naciones y unidad europea están relacionadas.

El cristianismo marca perfectamente su influencia, sobre todo porque también se traduce en las instituciones, imponiendo al conjunto de los estados cristianos una doble red: la red de las diócesis y luego de las parroquias, y la red del mundo monástico donde, a principios del

siglo IX, triunfa una misma regla, la de san Benito. En los siglos siguientes, el monaquismo benedictino ha de acostumbrar a los europeos a unas prácticas del tiempo que todavía perviven en la gestión actual del tiempo. En primer lugar, la gran división entre un tiempo para la oración y un tiempo para el trabajo que introduce una división entre lo que seguirá siendo y se afirmará como un tiempo para el trabajo y lo que evolucionará hacia un tiempo para el reposo, para el ocio y la fiesta. Ésos son, por otro lado, los primeros signos sonoros del tiempo que se imponen a todos: el sonido de las campanas, antepasados del reloj parlante. Es, por último, la división regular del tiempo de los monjes según las horas canónicas del día y de la noche, organización del tiempo individual y colectivo que será sustituido por un empleo del tiempo de los burgueses y de los comerciantes a partir de los siglos XIV y XV, enseñando a los europeos los beneficios de una gestión racional del tiempo, baza económica y moral que será provechosa para Europa a pesar de que los poderes (soberanos, industriales, burocráticos) abusen de su poder sobre el tiempo.

De esta reorganización del Imperio romano de Occidente emergen dos fenómenos capitales.

El primero es el rechazo de un poder teocrático, a diferencia del Oriente bizantino. En Occidente, el poder religioso corresponde a la Iglesia y al papa, el político al rey. El precepto evangélico regula la dualidad de poderes: «Dad al César lo que es del César». Europa va a escapar al monolitismo teocrático que paralizó a Bizancio y sobre todo al Islam después de haber favorecido su expansión.

El segundo es la mezcla étnica que resulta de la creación de la Cristiandad y de los reinos cristianos: a los celtas germanos, galo-romanos, anglo-romanos, ítalo-romanos, ibero-romanos y judíos se mezclaron normandos, eslavos, húngaros y árabes mediante aculturaciones que anuncian lo que será una Europa abierta a las olas de inmigración: una Europa de la diversidad cultural y del mestizaje. Sin embargo, en la España visigoda aparece uno de los demonios malos de Europa, el antisemitismo.

En dos ocasiones se produce un esfuerzo de unificación política de la Cristiandad occidental en forma de un imperio independiente del Imperio griego bizantino: con Carlomagno, coronado emperador en Roma en el año 800, y con Otón I, también coronado por el papa en Roma en el año 962. Esa resurrección imperial dio origen a una institución más teórica y simbólica que real, el Sacro Imperio romano de nación germánica cuya capital ideal era Roma pero de la que pronto se emanciparon, salvo Alemania, todos los países, incluida Italia, cuya subordinación al poder imperial alemán fue la mayoría de las veces teórico. El Imperio habitualmente fue una forma vacía en la Europa medieval y, disputándose la supremacía del poder espiritual sobre el poder temporal o a la inversa, el Papa y el Emperador se agotaron en vanos conflictos, quedando al margen de la verdadera evolución política de Europa, la de la génesis de los estados modernos nacionales a partir del siglo XIII.

Los repartos del imperio carolingio en el siglo IX habían iniciado una división mayor de la Europa continental: el reino occidental de los

francos (la futura Francia), y el reino oriental de los francos (la futura Alemania). Pero habían hecho pesar sobre Italia una dominación parcial por parte de los alemanes que, combinándose con el estado pontificio, iba a impedir la unidad italiana hasta el siglo XIX. Entre Francia y Alemania, una zona indecisa bautizada al principio como Lotaringia, no apta para transformarse en estado, iba a constituir un terreno de enfrentamientos pluriseculares entre franceses y alemanes.

Sin embargo, a principios del siglo VIII, la gran oleada de la conquista árabe alcanza a la Europa occidental. Si la implantación musulmana es débil y efímera en Provenza, y más importante y duradera pero a pesar de todo limitada en Sicilia, sumerge a la mayor parte de España antes de que, en el siglo XII y sobre todo en el XIII, los pequeños reinos cristianos del norte de la península, Castilla, León, Navarra, Asturias, Galicia y Aragón, obliguen a retroceder lentamente al principio y luego rápidamente a los musulmanes durante la Reconquista. Pero no será hasta 1492 cuando la España cristiana,

unificada por la unión de Castilla y Aragón, expulse definitivamente a los musulmanes de su último reducto, el pequeño reino de Granada.

El episodio del Imperio carolingio no es más que un avatar de la construcción europea, pero los resultados de su reparto tras el tratado de Verdún (843) y sus rectificaciones, acentúan la prefiguración de una Europa política tan cargada de éxitos como de conflictos. La pareja Francia-Alemania se precisa en ese episodio, pero la inestable Lotaringia se introduce en él como una temible manzana de la discordia. Por su lado Italia figura en ese avatar sobre todo como una presa que Alemania en la Edad Media, Francia en el Renacimiento y los grandes estados europeos hasta el siglo XIX codiciarán, también para mayor desgracia de Europa.

Estos tratados de reparto del siglo IX esclarecen sin embargo un dato fundamental de Europa: punta occidental del continente eurasiático, los diferentes tipos de suelos, de economías y de civilizaciones convergen en ella por bandas, es-

calonadas de norte a sur. Los estados creados por los carolingios se esfuerzan por tener, en un corte vertical, un trozo de cada banda. Esa diversidad geográfico-histórica exige, para ser respetada, construcciones complementarias y armoniosas que preserven la personalidad y la riqueza de cada una. Por desgracia, ni Carlomagno, ni Carlos V, ni Luis XIV, ni la Revolución Francesa, ni Napoleón comprendieron esto.

Paradójicamente, la Edad Media, cuando Europa se forma, es el período en que casi desaparece esa palabra y en que sus raros empleos apenas son otra cosa que una expresión geográfica. Un cronista del siglo VIII, al hablar de la victoria de Carlos Martel en Poitiers en el año 732, dice sin embargo que ha enfrentado a los musulmanes con los europeos. Pero los términos más frecuentemente utilizados para el conjunto europeo son Cristiandad de un lado, Occidente del otro.

Sin embargo, Europa se esbozaba política y culturalmente en su desarrollo interno y al con-

tacto de adversarios y competidores. Igual que para los conflictos internos en Europa, en general no se ve otra cosa que enfrentamientos en esos contactos. Se ve al Islam hacer de España la prolongación del mundo musulmán asiático-africano y a los turcos codiciar desde el siglo XV un trozo de Europa en su extremidad sur oriental. Pero no hay que olvidar que sus contactos, bajo una forma pacífica que también existió, aprovecharon a Europa. Por España y por Sicilia llegaron a Europa en la Edad Media las técnicas, las ciencias y la filosofía que los árabes habían heredado de los griegos, de los indios, de los iraníes, de los egipcios y de los judíos. Tales aportaciones permitieron a la Europa occidental, que supo asimilarlas, adaptarlas y recrearlas, tanto sacar de sí misma otros recursos como realizar el extraordinario desarrollo medieval que le hizo sobrepasar el poder e igualar la civilización de las grandes áreas político-culturales chinas, indias, musulmanas y bizantinas.

La Edad Media equipó a Europa. Se mostró conquistadora e innovadora en el campo de la tecnología, supo ante todo mejorar y difundir

técnicas que ya existían antes. Aunque es exagerado hablar de revolución tecnológica, hubo una fuerte aceleración del progreso tecnológico, muy lento hasta entonces. La Edad Media sigue siendo un mundo de madera, pero aumentó considerablemente el empleo de la piedra y del hierro. A partir del siglo XIII empezó a explotar minas de hierro, de plomo, de cobre y de hulla. Desde el punto de vista de las fuentes de energía, el fenómeno esencial es la difusión considerable del molino de agua, tanto en el campo como en la ciudad, en sus aplicaciones para uso industrial (molino de hierro, de prensa, de corteza, de cerveza, de papel, etc., y la sierra hidráulica) para concluir a finales del siglo X con la aparición del molino de viento. El molino se convirtió en una verdadera máquina.

Los transportes terrestres fueron mejorados gracias al arreglo y el mantenimiento de rutas, así como a la construcción de carretas más grandes y sólidas, la disposición de los arreos de las bestias de carga, la mejor protección de los mercaderes y de los convoyes comerciales, la construcción de puentes y la apertura de vías nue-

vas, la más celebre de las cuales fue la vía alpestre del Gotardo en el siglo XIII.

Más importantes fueron todavía los progresos en el terreno marítimo, sobre todo a partir del siglo XIII: construcciones de navíos de mayor tonelaje (*naves* mediterráneas, *cogges* hanseáticas), sustitución del gobernalle lateral por el gobernalle de codaste, más móvil y de maniobra más segura, mejor velamen (difusión de la vela latina), perfeccionamiento del astrolabio y de las medidas astronómicas, difusión de la brújula, establecimiento de mapas más correctos. Al alba del siglo XVI, Europa posee los medios técnicos para descubrir y conquistar el mundo. También China los tenía, pero, al contrario de Europa, no los utilizó. Las razones de esta diferencia de comportamiento deben buscarse sin duda en el terreno de la cultura y de las mentalidades, en una menor vinculación ritual de los europeos a la tradición y en una mayor movilidad social. En efecto, es notable que las innovaciones tecnológicas parezcan haber sido cosa tanto de las comunidades religiosas como de las comunidades laicas, tanto de los señores como

de los campesinos, tanto de las comunidades aldeanas o urbanas como de los individuos.

En el terreno agrícola, los progresos consistieron sobre todo en el mayor empleo del hierro para las herramientas, en la difusión de nuevos instrumentos: el arado de rueda y de vertedera disimétrica y la rastra, en la utilización de un sistema de uncimiento por los hombros que no comprimía el pecho de bueyes y caballos, en los lentros progresos de la rotación trienal de cultivos que permitía un incremento de la superficie cultivada y la introducción de cultivos «robados» (cereales de primavera, plantas forrajeras o de uso industrial). La reaparición en los siglos XIII-XIV de tratados de agricultura manifiesta la tendencia a volver más racional y más culta la explotación agrícola. En el terreno artesanal e industrial, al lado del molino, la innovación mayor se produce en el terreno textil con el bastidor vertical de pedales y el torno. En la construcción se perfeccionan los aparatos de elevación y se ve aparecer la carretilla. En el siglo XV, el desarrollo de la artillería que aparece en el arte militar propina un latigazo a la meta-

lurgia, sobre todo en Lombardía y en ciertas regiones alemanas: la metalurgia era desde hacía tiempo un terreno de tradición germánica. De este modo puede manifestarse un notable crecimiento económico tanto en el espacio en que se conquistan nuevas tierras mediante amplias roturaciones y donde nace, en una combinación de rutas marítimas y terrestres, una *Weltwirtschft* europea dominada por los italianos y los hanseatas, como en el aumento de los rendimientos y el descenso de los tiempos de trayectos.

Este desarrollo económico se apoya en una doble red de mercados locales y de grandes ferias; las más importantes entre los siglos XII y XIV son las ferias de Champaña. A pesar de los progresos en las prácticas monetarias (control de las monedas por las ciudades y los príncipes, creación de un comercio al por mayor adaptado a los nuevos tratos comerciales, multiplicación de cambistas y aparición de banqueros, primero en Italia, luego en el Sur de Alemania), la multiplicidad de las monedas y la complejidad de los cambios es un cuello de botella que pone de ma-

nifiesto la importancia de una unificación monetaria para el progreso de una unidad europea.

Cuatro aspectos generales de la sociedad y de la civilización medieval han marcado a Europa con una fuerte influencia que, hasta la actualidad, ha producido una herencia positiva por regla general.

1) La tradición rural es la primera, pero tal vez sea de doble filo. En efecto, en la Edad Media la tierra es la base fundamental de la economía, del poder y del prestigio, y esa eminencia de la tierra, del propietario del suelo y del campesino sigue conservando hoy un poder simbólico cuya fuerza, que vuelve particularmente espinosos los problemas agrícolas de la comunidad, todavía podemos ver. El otro fundamento del sistema feudal europeo son las relaciones entre los hombres y en particular la *fidelidad*. Sigue siendo, algunas veces paralizadora pero en la mayoría de los casos dinamizadora, uno de los elementos esenciales de las mentalidades y de los comportamientos europeos.

2) Tras la gran oleada de cristianización de la Alta Edad Media, a partir del siglo X se produjo una segunda oleada. Provoca, sobre todo, la entrada de dos nuevos grandes grupos de europeos, los escandinavos y los eslavos, en la Cristiandad y en Europa, porque entonces las dos son la misma cosa. Ya sea mediante aculturaciones armónicas, ya en medio de conflictos culturales más o menos agudos, por ejemplo entre ingleses, galeses e irlandeses o escoceses, entre alemanes y eslavos, se percibe la originalidad y la importancia de las naciones europeas periféricas. En la Europa medieval se producen relaciones centro-periferia cuyo buen funcionamiento es una de las condiciones de éxito de la comunidad europea.

3) La Europa medieval se afirma también como diversidad. Es diversa, por ejemplo, en el plano político. Junto a estados centralizados cuyos mejores ejemplos son Inglaterra, Francia y España, las ciudades-estado de Alemania y sobre todo de Italia ofrecen otros modelos de comunidad política, económica y cultural europea. Hay casos más originales todavía, como el

de la Confederación helvética, constituida a partir de tres cantones que se unieron en 1292 mediante una alianza perpetua: Uri, Schwyz y Unterwald. Es importante el papel de los suizos en Europa: además de ese modelo político original de asociación voluntaria de células territoriales, los suizos controlan una gran parte de los pasos alpestres que permiten la comunicación de la Europa del Sur y de la Europa del Norte entre sí, aunque a partir del siglo XIV exista una ruta marítima regular entre Italia, Inglaterra y Flandes. Afirman la presencia de montañeses en Europa y proporcionan soldados mercenarios a los estados europeos. Para proseguir con su papel y con su poder les bastará convertirse en el siglo XX en poderosos y discretos banqueros.

4) La Europa medieval inventa también nuevos modelos culturales diferentes del héroe guerrero y del orador de la Antigüedad. El primero es la expresión de la nueva religión, el cristianismo. Es el modelo del *santo.* Incluso cuando la Edad Media se aleje e incluso cuando los ideales religiosos se difuminen, el santo se-

guirá estando presente para los europeos, presente en el arte y en la literatura, presente en una idea de perfección humana (habrá santos laicos), presente gracias al calendario de fiestas y a la colección de nombres que siguen llevando muchos europeos. Otro modelo, éste laico, es el de la *cortesía.* El hombre cortés no es sólo un guerrero que realiza proezas, es también un hombre bien educado que se comporta con galantería ante las mujeres y que difunde a su alrededor los comportamientos refinados de la corte. Es el primer ideal de una civilidad que, unida a *la urbanidad,* las buenas costumbres formadas en la urbe, constituye hasta el día de hoy para los europeos un código de valores sociales y de comportamientos distinguidos. Nobert Elias ha demostrado perfectamente que la cortesía universal es una etapa esencial en el proceso de civilización que va a distinguir a Europa. Frente a los códigos del Extremo Oriente, Europa es el único contienente que elaboró y aplicó de forma bastante amplia un código de buenas costumbres desde la educación infantil. Es la *civilidad pueril y honesta* (título de un libro de Erasmo, la más reeditada de todas sus obras en el siglo XVI) de donde saldrán tanto el *discreto* de

la época clásica como el *gentleman* del siglo XIX. Norbert Elias ha mostrado también de qué forma lo que podría considerarse únicamente como un objeto anecdótico, el tenedor, manifiesta un giro de modernidad en los hábitos de mesa de Europa. Llegado de Bizancio a Venecia en el siglo XI, el tenedor marra su entrada en el mundo europeo. Esa cristiandad europea es todavía un país de grupos donde se come en común en los mismos tazones, en las mismas escudillas, donde se bebe en común en las mismas copas. El tenedor está ligado a la individualización de las maneras de mesa, a la emergencia moderna del individuo en el siglo XVI. También en este punto Europa creó una herramienta cultural de la mesa, frente al palillo del Extremo Oriente. Toda Europa se convirtió en un mundo del pan, un mundo del consumo alimentario de grandes trozos de carne o de pescado frente al mundo asiático del arroz y de los pequeños trozos de alimento.

La Edad Media no equipó sólo técnicamente a Europa, fue también el tiempo de su desarrollo intelectual y artístico. Tras la desaparición de

las escuelas de la Antigüedad griega y romana, sólo las escuelas monásticas y, secundariamente, las escuelas catedralicias habían distribuido, y de forma exclusiva para futuros clérigos, una enseñanza esencialmente religiosa.

Sin escapar por completo al control eclesiástico, en las ciudades del siglo XII despierta un nuevo movimiento escolar e intelectual irresistible. Las escuelas urbanas realizan una obra de alfabetización que afecta en profunddiad a las capas sociales. La práctica del comercio, el empleo cada vez más frecuente del derecho y de sus aplicaciones, los progresos de lo escrito frente a lo oral impulsan en la enseñanza tres prácticas fundamentales: leer, escribir, contar.

Más aún, en el plano de lo que hoy llamamos la enseñanza superior, a finales del siglo XII y en el siglo XIII, aparecen en ciertas ciudades instituciones de un tipo nuevo constituidas como corporaciones de maestros y estudiantes que poseen estatutos, programas, manuales y exámenes. Son las universidades, de Bolonia, de

París, de Oxford. Estos nuevos centros de saber que también son centros de promoción social basada en el éxito en unos exámenes y no en la cuna se difunden desde el siglo XIII a finales del siglo XV por toda Europa. Es una red europea donde, a pesar de los progresos de cierto sentimiento nacional, reina la movilidad internacional. A partir del siglo XIII las universidades elaboran un método científico racional, la escolástica.

Asimismo, la Europa cristiana eligió desde muy temprano un comportamiento frente a las imágenes que permite no sólo un gran desarrollo del arte sino que hace del arte una de las grandes expresiones del humanismo. Si, en efecto, en el arte griego el hombre era la medida de todas las cosas, en el arte medieval un nuevo tipo de hombre hecho a imagen de Dios es la medida del humanismo cristiano. La elección esencial se hizo en la encrucijada de los siglos VIII y IX y su garante fue Carlomagno. Es una actitud contraria al rechazo judío y musulman de representar la figura humana y, al mismo tiempo, la figura divina, contrariamente

también a las tendencias que, sobre todo en el cristianismo bizantino, pero también en ciertos medios del cristianismo romano, rechazan las imágenes y las rompen, la iconoclasia. Al contrario de esos rechazos, la Europa latina cristiana acoge y favorece las imágenes, objetos de enseñanza y de delectación a condición de que no sean adoradas como ídolos. Ese arte se desarrolla en estilos a escala europea, es el arte románico, y luego el arte gótico.

Todos estos desarrollos materiales, intelectuales y artísticos no habrían podido darse si no hubieran sido acompañados por una evolución de la religión, si el cristianismo no hubiera aceptado el movimiento de la historia y no hubiera sabido adaptar la letra al espíritu. Ese cristianismo permitió a Europa adoptar su ritmo de movilidad en una tradición de equilibrio entre el hombre y la naturaleza, la razón y la fe. Mucho antes que el protestantismo, como creía Max Weber, el cristianismo medieval favoreció el trabajo, hasta entonces despreciado como una consecuencia del pecado original y vinculado a la esclavitud. Esa promoción del trabajo fue sin

duda insuficiente, porque los artesanos agrupados idealmente en el sistema de las *artes mecánicas* nacido en el siglo IX y desarrollado en el XII siguen siendo inferiores respecto a los miembros libres y nobles de las *artes liberales*. Pero toda una modernidad del trabajo se esboza a través de la glorificación de las herramientas atributos de los santos, a través del prestigio de las corporaciones de oficios, a través de la consideración de utilidad de los trabajadores para el conjunto de la sociedad y a través de la idea de que el hombre en el trabajo puede ser un colaborador de la creación realizada por el primer gran trabajador, Dios.

Dicho con mayor precisión, el cristianismo medieval levanta en gran medida los bloqueos que obstaculizaban el desarrollo de una economía de tipo moderno que más tarde se llamará capitalismo. Admitiendo la legitimidad de ciertos beneficios y de la imposición de una tasa moderada de interés, tomando en cuenta la noción de riesgo económico, sustrayendo ciertas prácticas comerciales a la condena de la usura, abriendo al usurero, hasta entonces carne de in-

fierno, la esperanza del purgatorio, renunciando a considerar el dinero como un objeto diabólico, la Iglesia cristiana hizo desaparecer —y en ocasiones de forma muy liberal— los tabúes que contribuían a impedir tanto el desarrollo económico y en particular la economía monetaria como una economía mundial.

Pero la Europa medieval también puso de manifiesto los problemas, las contradicciones, los extravíos, los errores y los crímenes de ciertas prácticas y de ciertas inclinaciones del espíritu europeas.

A partir del siglo XII la Iglesia pretendió reformar la justicia sustituyendo el viejo sistema «bárbaro» de la acusación lanzada por la familia, el linaje, la parentela o los amigos contra un criminal, por un procedimiento de investigación cuya iniciativa dependía de jueces. A partir del siglo XIII, la Iglesia hizo realidad el procedimiento inquisitorio confiado a jueces especiales para obtener la *confesión* de los inculpados. Esa búsqueda de la confesión, unida a la decisión

del IV Concilio de Letrán, en 1215, de hacer obligatoria para todos los fieles una confesión privada con un sacerdote al menos una vez al año, fue el origen de un gran movimiento de psicología europea que, a través del examen de conciencia y de la autocrítica, desembocará en Freud. Pero desde el siglo XIII, para obtener la confesión, la Iglesia practica la tortura. Esa legalización de una práctica que no va a cesar de asolar Europa hasta hoy día y que se ha extendido a todos los continentes es uno de los grandes pecados de Europa.

La Iglesia recurrió a la inquisición porque estaba amenazada. Organización totalitaria al servicio de una religión totalitaria, la Iglesia medieval no podía tolerar la expresión y la práctica de concepciones que se apartasen de la ortodoxia cristiana. Y, a medida que el desarrollo económico, intelectual y social se difundía, las críticas a una situación en la que estaban íntimamente imbricados la religión oficial y el sistema feudal eran más numerosas y más vivas. Estas contestaciones adoptaron durante mucho tiempo un alcance religioso. Fueron las herejías que apare-

cen por todas partes a partir del Milenio. Entre ellas, en los siglos XII y XIII el *catarismo,* difundido sobre todo en el Norte de Italia y en la Francia meridional, pero que llega a penetrar hasta Flandes y la Baja Renania, es una contestación fundamental del cristianismo. De hecho es otra religión semejante al maniqueísmo y al zoroastrismo orientales, e influida por ellos, que opone de manera absoluta un principio del bien y un principio del mal identificado con todo lo que es carne, con todo lo que es materia. Encontramos aquí una de las contradicciones fundamentales de Europa frente a unos contestatarios cuyo éxito habría conducido sin duda a unas sociedades de tipo teocrático e integrista. La Iglesia cristiana sólo supo combatir ese peligro recurriendo a medios moralmente inaceptables y destructores de los valores que afirmaba querer defender. La Europa moderna encuentra desafíos semejantes que, para provecho de una problemática de la larga duración, demuestran la fragilidad de una problemática de la modernidad.

La Edad Media metió a Europa en otros deslices. Para limitar las taras de la feudalidad y las

desigualdades que la fundamentaban, instituyó el Estado moderno, más justo, pero que no tardó en convertirse en un ídolo que acaparó lo sagrado arrebatándoselo a los viejos poderes religiosos y feudales para crear otro Leviatán, la *razón de Estado.* La Europa actual aún no se ha curado de ello.

Cogida, por último, entre dos movimientos contradictorios, uno de autodefensa y de repliegue sobre sí misma frente a los peligros de las oposiciones internas y externas, frente a los riesgos de su apertura económica e intelectual, y otro de tentación de usar y abusar de la nueva potencia conseguida, Europa vaciló entre dos decisiones ante las que todavía hoy no ha zanjado realmente, a pesar de la diferencia de situaciones. El primer movimiento es el del cierre, el de la exclusión, el de la represión y el de la «purificación» interna. Más allá de la lucha contra los herejes, son las persecuciones crecientes contra los judíos y el desarrollo de sentimientos y prácticas propiamente antisemitas, es el final de la tolerancia respecto a los homosexuales, es, frente a los leprosos, el triunfo del miedo sobre

la piedad, y si hay menos herejes la caza se volverá hacia los brujos y sobre todo hacia las brujas. Es lo que Norman Cohn ha llamado los demonios internos de Europa.

El otro movimiento es el de la expansión. Expansión que ofrece varias caras. Una es pacífica, aunque desemboque en formas económicas de dominación. Es el desarrollo fuera de las fronteras de la Europa del comercio de los cristianos latinos sobre todo en el mundo mediterráneo, en particular con la expansión de Génova y de Venecia que, para proteger ese comercio, constituyen verdaderos imperios de Ultramar. Esta expansión también puede ser militar y agresiva. Es el caso de las cruzadas. Este tipo de expansión resulta ambiguo porque se presenta como una reconquista, reconquista de los lugares sagrados, reconquista de Sicilia, reconquista de España. Termina por limitar mejor las fronteras de la cristiandad a las de Europa. Si esa independencia de la Europa cristiana debe esperar a 1492 para ser completada con la reconquista del reino de Granada, desde finales del siglo XIII la Europa cristiana renuncia de hecho, al mis-

mo tiempo que mantiene sus reivindicaciones y sus proyectos de cruzada que adoptan cada vez un más carácter utópico, a esa Europa de Ultramar que han esbozado en los siglos XII y XIII las cruzadas. Un tercer aspecto de esa expansión resulta todavía más antiguo y preñado de conflictos futuros. Es la expansión hacia el Este, hacia esa frontera indefinida, abierta, esa llaga en el flanco de Europa. En este caso, la expansión sólo episódicamente comporta aspectos militares. Es una expansión en apariencia pacífica, hecha de conversión al cristianismo, de instalación de colonos, que hacen entrar a la Europa oriental en la *Weltfirschaft* europea por roturación y urbanización. Pero esencialmente es un grupo étnico, los alemanes, el que lleva a cabo esa expansión por el Este, chocando con otro grupo étnico, los eslavos. Así nace una nueva fuente de conflictos durante siglos, el conflicto entre germanos y eslavos, tanto más perjudicial para Europa por ser un conflicto entre cristianos, un conflicto entre europeos.

He insistido en esos tiempos antiguos de Europa, en particular de la Europa medieval, por-

que creo que así se ven mejor los datos de una larga duración que pesan, tanto para bien como para mal, sobre la Europa de hoy. Este examen del pasado lejano de Europa permite asimismo definir mejor qué es lo que hay que entender por Tiempos Modernos y por modernidad.

Tradicionalmente se sitúa el principio de los Tiempos Modernos en el siglo XVI y, en efecto, en él se ven por lo menos dos grandes fenómenos que marcan un nuevo período de la historia de Europa, un cambio tan importante que puede justificar un diagnóstico de modernidad. El primero de estos fenómenos son los grandes descubrimientos. Estos grandes descubrimientos cambian fundamentalmente el lugar de Europa en el mundo. A partir de ese momento el mundo está constituido, aunque sea una realidad geográfica y mental lenta en materializarse, por cuatro continentes en vez de los tres tradicionales. Eso es lo que le valió a Amerigo Vespucci dar su nombre a América, porque fue él quien la identificó como un nuevo continente. Y en este mundo unificado de cuatro continentes, uno de ellos está en expansión económica,

militar, geográfica y culturalmente. Ese conquistador es Europa. Incluso aunque Europa siga cultivando sus demonios interiores para sí misma, la modernidad es ante todo el resto del mundo y su presencia en el resto del mundo.

El segundo gran fenómeno es la aparición de la Reforma. Es el fin de la unidad de la religión que impregnaba y enmarcaba toda la vida de los europeos. A partir de ese momento hay una Europa protestante y una Europa católica, y ya no hay solo una Europa dividida sino una Europa cuyas dos mitades entran, bien de estado a estado, bien en el interior de los estados, en un conflicto a menudo feroz entre católicos y protestantes. Pero ¿se trata de un signo tan evidente de modernidad? Después de haber insistido en la modernidad de Lutero y de Calvino ha sido cuando mejor ha salido a la luz el carácter más tradicional de algunas de sus posiciones esenciales en materia religiosa, social o política. Se ha subrayado por otro lado, y pese a cierto desfase cronológico, el paralelismo y las semejanzas entre dos reformas, la protestante y la católica, antes llamada Contrarreforma, cuando la oposi-

ción al protestantismo no es el único ni tal vez el principal de estos objetivos. Finalmente, con el tiempo, más allá de los horrores de las matanzas, de las persecuciones, de las expulsiones y de las guerras civiles, en la actualidad se percibe mejor cómo en toda Europa, bajo sus variantes católicas y protestantes, es un mismo conjunto de valores cristianos lo que persiste de forma consciente o inconsciente.

Además ¿no es el conjunto de la concepción de la modernidad del siglo XVI lo que puede cuestionarse? Ya hemos visto que la Edad Media fue atravesada por fases de desarrollo y de renacimientos en el siglo IX, en el XI, en el XIV, que eran, bajo la referencia a un retorno a la Antigüedad pagana o cristiana, accesos de modernidad.

En la historiografía y en la opinión común modelada por ella, el Renacimiento ha sido definido sobre todo como una revolución intelectual y artística. ¿Es tan cierta esa revolución? El pensamiento del siglo XVI sigue siendo a menudo profundamente medieval. Lucien Febvre lo ha demostrado a propósito de Rabelais. En el terreno artístico, el Renacimiento produce sus primeras obras maestras en Italia por lo menos desde el siglo XII. En uno de los sectores en que la modernidad parece mejor afirmada, el de la producción de libros con la invención y difusión de la imprenta, ¿no hacemos hincapié con motivo, desde hace tiempo, en las condiciones nuevas de la producción de libros manuscritos a partir del siglo XIII en particular en el ámbito y para las necesidades de las universidades? La lectura individual en voz baja que se difunde a partir del siglo XIII por lo menos, ¿no marca un giro de la relación del europeo con el libro más importante que el libro impreso? Hasta mediados del siglo XVI, la filosofía y la ciencia siguen siendo no modernas sino tradicionales. Copérnico no tendrá influencia revolucionaria hasta principios del siglo XVII con Galileo. ¿No hay que esperar al gran desarrollo científico del siglo XVII, de Galileo a Leibniz y Newton, para hablar realmente de ciencia moderna? ¿Puede darse, antes del siglo XVIII, un sentido distinto del cronológico a Moderno?

Veamos ante todo la definición que ha dado de la modernidad del siglo XVI el gran historiador que mejor la ha definido, Henri Hauser. La definió a través de cinco «revoluciones»: una revolución intelectual, una revolución religiosa, una revolución moral, una política «nueva» y una «nueva» economía. De un examen muy matizado del paisaje intelectual del siglo XVI, Hauser concluye: «con el siglo XVI la palabra ciencia cambia de sentido, deja de designar una tradición, un tesoro que se transmite, para designar el conocimiento de lo que es, conocimiento que se adquiere mirando las cosas». Pero en el siglo XII un san Anselmo, un Abelardo, no consideraban ya el saber como un tesoro sino como un ejercicio del espíritu, y si la vista se vuelve, en efecto, más aguda y más realista en el siglo XVI, un Grosseteste, un Roger Bacon y quienes inventaban en la teoría y en la práctica la perspectiva en el siglo XIII no por ello agudizaban menos la mirada que lanzaban sobre la naturaleza.

En el terreno religioso, el mismo Hauser reconoce que el individualismo del Renacimiento

ya se encuentra en el humanismo florentino de los siglos XIV y XV: «Es una protesta contra el ascetismo, una apoteosis de la vida terrestre que merece la pena ser vivida por ella misma, con sus dolores y sus alegrías, es ya la filosofía goethiana de la Novia de Corinto». También muestra en que lo que, no sin exageración, se ha llamado la «descristianización del pensamiento europeo», el averroísmo paduano no esperó al siglo XVI para ejercer su espíritu crítico. Henri Hauser dice, por último, que no podría seguir a Abel Lefranc hasta la concepción de un Rabelais ateo. Las investigaciones más recientes han encontrado, apenas enmascarado, desde el siglo XIII, lo que Hauser denomina «un cristianismo extremadamente libre que no tiene de cristiano otra cosa que el nombre».

Bajo la etiqueta de «revolución moral» Henri Hauser mete, esencialmente, dos ideas que le parecen «completamente nuevas». La «primera» es «la unidad de la raza humana». Pero ¿qué período creyó más en una sola genealogía humana, la de los hijos de Adán y Noé, que la Edad Media? La segunda es la de progreso. La

palabra y el concepto que ya se ha descubierto en Abelardo en el siglo XII no se encuentra realmente sino en el paso del siglo XVII al XVIII. La política «nueva» se define, según Henri Hauser, por cuatro características. La primera es la formación de los estados modernos y la aparición de la idea de nacionalidad, pero hoy todos los historiadores reconocen que hay que situar el inicio significativo de estos fenómenos entre los siglos XIII y XIV, y que hay que esperar a la Revolución Francesa y al siglo XIX para poder hablar realmente de la idea de nacionalidad. La segunda característica sería «la elaboración de la idea democrática». Ésta se hallaría vinculada a la Reforma. En tales condiciones también podríamos verla en la práctica de las elecciones y de las decisiones monásticas o, sobre todo, en los religiosos mendicantes en plena Edad Media. La idea «democrática» es, como la felicidad, una idea nueva en Europa sólo en el siglo XVIII. La siguiente característica es «la secularización de la política». Numerosos historiadores, incluso aunque hayan exagerado un poco (yo preferiría hablar de transferencia de sacralidad al Estado) han situado este fenómeno de laicización de la política en los siglos XIII y XIV y, en particular, en

la Francia de Felipe el Bello. También aquí el lento proceso de autonomía de la política respecto a la religión durará mucho después del siglo XVI, y si Maquiavelo sigue siendo un gran pensador político es un defecto de perspectiva de cierta historiografía que hace de su obra un testimonio de ese autonomización de lo político. Por último, Henri Hauser ve un signo de modernidad política en lo que él llama «la transformación de las relaciones internacionales», y lo caracteriza por la idea «completamente moderna» de «definir al agresor». Ahora bien, desde la Edad Media la Iglesia cristiana, al esforzarse por definir la «guerra justa», ha otorgado gran importancia desde luego a la localización del agresor. Y si en el derecho internacional hay un momento verdaderamente significativo lo aportan los tratados escritos a principios del siglo XV a propósito de la lucha de los polacos contra la Orden teutónica, donde aparecen con gran fuerza y gran claridad las nociones de independencia de los estados y de no agresión entre los estados.

En cuanto a la «nueva» economía, para caracterizarla Hauser apenas ve otra cosa que la

aparición de «bruscas crisis», pero la banca italiana, y de rebote el conjunto de lo que podía llamarse economía mundial en esa época, ya conocieron a finales del siglo XIII y en los años 1340, en Siena y en Florencia, crisis de esa brusquedad y de esa amplitud. Tal vez a propósito de crisis haya que señalar que es el conjunto de la Europa cristiana la que está en crisis en los siglos XIV y XV. Una crisis general de la que acabó saliendo porque se trata de una crisis de mutación. A este respecto puede compararse la crisis europea de la que Europa no sale más que para dar un nuevo salto a la crisis que en el mismo período afecta al mundo musulmán y al mundo chino, y que no es más que el inicio de un lento declive del que esos dos mundos todavía no han salido en la actualidad. ¿Es la alternancia relativamente rápida de crisis y de renovación una característica de Europa que la dirigiría hacia una modernidad siempre renaciente?

Y sólo demuestro la fragilidad del empleo del término moderno para incitar a muchos a la prudencia en su utilización.

Esa prudencia también se impone si investigamos la historia de los términos *moderno* y *modernidad*. La palabra moderno nace cuando se derrumba el Imperio romano en el siglo V. Está vinculada por tanto a una oposición antiguo-moderno y durante la Edad Media tendrá en líneas generales el sentido de reciente y de actual. Sin embargo oculta a menudo, en particular en el terreno intelectual, una noción de valor. En el siglo IX los intelectuales llaman a la época de Carlomagno el «siglo de los modernos». Un inglés, Gauthier Map ve a finales del siglo XII en esa centuria el desenlace de un progreso secular: «Llamo a nuestra época esa modernidad, es decir a ese lapso de 100 años que en su mayor parte todavía existe, cuya memoria reciente y manifiesta recoge todo lo que es notable..., los 100 años que han transcurrido, ésa es nuestra modernidad.» Los intelectuales de los siglos XIII y XIV están seguros de su modernidad frente a sus antecesores, rápidamente transformados en antiguos. A mediados del siglo XIII los maestros marcados por el aristotelismo se presentan como modernos en relación a los maestros de tres generaciones anteriores. Pero en el siglo XIV maestros como Occam, Buridan, Bradwardine,

Gregorio de Rímini, Marsilio de Padua y Wyclif se definen como lógicos «modernos», teólogos «modernos», o simplemente como los «modernos» en relación a esos maestros aristotélicos del siglo XIII. En el siglo XIV Vasari ve en Giotto, en el paso del XIII al XIV, al primer artista moderno. De hecho la oposición entre antiguos y modernos no se afirma realmente sino a finales del siglo XVII y principios del XVIII con la querella de Antiguos y Modernos en Francia, que concierne sobre todo a los escritores y a los filósofos de forma secundaria. Se basa en la idea consciente y explícita a partir de ese momento de progreso. Pero el término de *modernidad* no aparece hasta mediados del siglo XIX: lo lanzó Baudelaire en su artículo *El pintor de la vida moderna*, escrito en gran medida en 1860 y publicado en 1863. La modernidad definida por Baudelaire es esencialmente estética, es un goce estético del presente. Sólo en la segunda mitad del siglo XX ha sido objeto de análisis profundos la idea de modernidad, en particular por parte del filósofo Henri Lefebvre en su *Introduction à la modernité* (1962), y de Jean Braudillard quien resumió, en 1963, su concepción de la modernidad en el artículo *«modernité»* de la *Encyclopédia Universalis.* Jean Baudrillard ha puesto de relieve que la modernidad europea es un lento proceso cuyo despegue también sitúa él en el siglo XVI, pero en mi opinión ese movimiento se afirma a partir de los siglos XII-XIII y no adquiere todo su sentido hasta el XIX: «la modernidad», escribe Baudrillard, no es sólo la realidad de las conmociones técnicas, científicas y políticas desde el siglo XVI, también lo es el juego de signos, de costumbres y de culturas que traduce esos cambios de estructuras en el plano del ritual y del hábito social.»

Los siglos XVII y XVIII habrían visto el desarrollo del pensamiento individualista y racionalista moderno, la secularización de las artes y de las ciencias con la *Enciclopedia,* y el «romanticismo», es decir, el romanticismo definido por Stendhal en *Racine y Shakespeare* en 1823 habría sido un modernismo radical. En el plano social y político, el gran acontecimiento es la revolución de 1789, que crea el estado burgués moderno en Europa. La idea de modernidad en el nivel político corresponde a Karl Marx, quien en su *Einleittrung zur Kritik der Hegelschen*

Rechssphilosophie (1844) escribe: «la abstracción del estado político como tal sólo pertenece a los tiempos modernos porque la abstracción de la vida privada sólo pertenece a los tiempos modernos [...], en la Edad Media la vida del pueblo y la vida del estado son idénticas; el hombre es el principio real en el estado... Los Tiempos Modernos son el dualismo abstracto, la oposición abstracta reflejada.»

Antes de mirar a la vieja Europa frente al mundo actual, forma presente del mundo moderno, miremos rápidamente cómo envejeció Europa durante los siglos bautizados como Tiempos Modernos. Aunque el humanismo del Renacimiento no se distanció tanto de sus raíces medievales como se ha dicho, no obsante aporta nuevas realidades a Europa. La figura emblemática de Erasmo, el humanista crítico europeo de 1500, se ha convertido hoy en el símbolo de la Europa del pensamiento, lo cual tal vez nos permita entrever que la Europa de ayer no se ha adaptado tan mal a las demandas del presente. La imprenta, que durante decenios difunde sobre todo las obras religiosas de la Edad Media,

supone sin embargo un paso decisivo de las lenguas vernáculas que poco a poco sustituyen al latín. Se esboza una Europa de la edición. Venecia, Lyon, Basilea, Núremberg, Amberes y, en los siglos XVII-XVIII las Provincias Unidas (los Países Bajos) imprimen para toda Europa y, gracias a la venta ambulante, no sólo para la elite cultural.

Sin embargo, y a pesar de las guerras que desgarraron la Cristiandad medieval, teóricamente unida, son los Tiempos Modernos los que ven el desencadenamiento de guerras llevadas entre europeos, por los estados del Antiguo Régimen primero y luego por los estados-naciones. Desgarran, arruinan y asesinan a Europa en una especie de crescendo infernal, guerras de Italia desde el Renacimiento a la Guerra de Treinta años, a las guerras de la Revolución y del Imperio y finalmente a las dos grandes guerras del siglo XX, la primera esencialmente europea, la segunda asesina sobre todo en Europa. La Europa actual debe ser una Europa de la paz y la pareja Francia-Alemania, como en los tiempos carolingios, una pareja de amigos muy próximos.

No obstante, la unidad cultural de Europa no cesa de enriquecerse: el barroco y las Luces son un movimiento europeo. El despotismo ilustrado (expresión no peyorativa para designar un régimen autoritario pero que sólo quiere imponer los progresos de la razón) aparece en la Europa del siglo XVIII como la fórmula política mágica que parece inspirar a los filósofos desde Lisboa a San Petersburgo. La moda literaria que se acelera para un país y una lengua difunde sus producciones por toda Europa. Italia, España, Francia e Inglaterra, antes de la Revolución Francesa, están en el primer plano de actualidad. En el siglo XIX la filosofía alemana y la novela rusa son las lecturas de toda Europa.

La Revolución Francesa fue un despertar prodigioso de Europa, gracias a la Declaración de los derechos del hombre, a la abolición de la feudalidad y al espíritu republicano, pero desconoce la potencia de la religión, se desliza hacia la guerra y hacia un nacionalismo de una virulencia hasta entonces desconocida y proporciona la terrible imagen del Terror. Si Napoleón propaga en Europa, frente a regímenes monárquicos arcaicos, algunos de los beneficios de la Revolución, ante todo da el ejemplo de lo que Europa no debe ser: una Europa de la conquista y de la dominación de un estado y de un hombre.

El siglo XIX, que se inicia con un nuevo movimiento cultural europeo, el romanticismo, conoce la revolución industrial, nuevo signo de modernidad. Europa ofrece al mundo el ejemplo de sus éxitos y de sus taras. En el plano político y social, por todas partes y con mayor o menor fuerza, aspiraciones hacia una mayor justicia social animan grupos, partidos y revueltas. El socialismo —siempre europeo, porque América todavía no es otra cosa que un apéndice de Europa— está en marcha para lo mejor y para lo peor. La democracia se consolida, en el Oeste de Europa, sobre todo en la forma parlamentaria burguesa.

Se acentúa un deslizamiento, el que lleva a Europa de la expansión al colonialismo. Europa, pese a ser siempre civilizadora, se convierte

también en un continente verdugo, verdugo de África, del Sudeste de Asia y del Próximo Oriente. Más tarde podrá verse otro delizamiento: el de la ciencia al cientificismo, que radicalizará el racismo, intentará legitimar un «socialismo científico» y tratará de expulsar la moral de la ciencia.

El siglo XIX es sobre todo el siglo de la explosión del nacionalismo, que también evoluciona entre un progreso y una perversión: el legítimo reconocimiento del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y los excesos de la locura nacionalista.

Hoy no parece estar de moda la modernidad, se habla incluso de posmodernismo. Este término, forjado para designar una reacción a las formas de la antigua vanguardia en arquitectura, se ha extendido al conjunto de los aspectos económicos, políticos y sobre todo culturales de Occidente y en particular de Europa. Nacido en Europa, el término hizo fortuna en Estados

Unidos, de donde vuelve con fuerza hacia Europa. No veo en ello ninguna ventaja para dominar mejor la historia de nuestro tiempo. Como ha analizado Jean Baudrillard, la modernidad ya era un concepto confuso. El posmodernismo lo es tanto más por cuanto, como hemos visto, Europa ha conocido numerosas modernidades y aquella a la que el posmodernismo se opondría no es la más coherente ni la más evidente.

El mundo moderno es el mundo de hoy y de mañana. Es ese mundo con el que debemos confrontar las estructuras, las tradiciones y la civilización europea, que tienen por lo menos 25 siglos.

Un primer desafío es el de los nuevos nacionalismos. El fenómeno se remonta a la Edad Media y se exacerba en el siglo XIX. El bloqueo y la represión de las tendencias nacionalistas impuestas a los pueblos por los tres imperios autoritarios, el prusiano, el ruso y el austrohún-

garo, que estallaron cuando se produjo la derrota de esos imperios, permitió a varias de estas nacionalidades nacer o renacer al día siguiente de la guerra de 1914-1918. Fue lo que ocurrió en Polonia, en Checoslovaquia, en Hungría, en Rumanía, en Albania y en los Estados Bálticos. En los Balcanes se intentó la creación de un estado plurinacional, Yugoslavia. Pero antes y después de la Segunda Guerra Mundial, la nueva dominación rusa bajo su forma soviética y estaliniana y la dominación hitleriana martirizaron de nuevo a esas naciones renacientes. La caída de la Alemania nacionalsocialista no salvó a las naciones caídas bajo el yugo soviético. A partir de 1989 el derrumbamiento de la Unión Soviética ha devuelto la independencia a los países de la Europa central y oriental o ha permitido a otros nacionalismos expresarse, por ejemplo en Eslovaquia y en Moldavia, pero en la antigua Yugoslavia la dominación de una nación, Serbia, sobre las demás ha llevado a la afirmación de nuevos nacionalismos que sólo se han hecho reconocer políticamente en Eslovenia y en Croacia, mientras prosiguen por otro lado combates y matanzas atroces. Una de las peores nociones racistas, la «pureza étnica»,

que desgraciadamente evoca cierto pasado europeo, en la Península Ibérica por ejemplo (la «pureza de sangre» de finales del siglo XV), y en la Europa nazi, está causando estragos. La desgracia de la vieja Europa consiste en haber madurado durante mucho tiempo nacionalismos ahogados, anacrónicos hoy día por no haber logrado hacerse oír cuando lo hacían los otros y que perjudican a Europa con un desfase que amenaza con durar antes de que esté acabada la Europa de las naciones, mientras en la mayor parte del continente ya quiere afirmarse una Europa unida. Ese desfase de los nacionalismos es la primera enfermedad de la Europa moderna.

La segunda enfermedad, vinculada a menudo a la primera, son los resurgimientos del racismo y de las exclusiones: unos se manifiestan mediante agresiones xenófobas que recuerdan con frecuencia al nazismo; las otras son decididas, desgraciadamente, frente a una inmigración galopante, por gobiernos que vuelven a encontrar una vieja lógica europea de cierre y de repliegue sobre sí.

Porque frente al desafío del mundo moderno Europa vuelve a recuperar la dualidad de sus tradiciones y a menudo vacila en la elección del partido a tomar.

El siglo XIX europeo había lanzado la idea de la democracia y construido el modelo de la democracia parlamentaria. Tras la caída de las dictaduras, la Europa de Hoy tiene casi en todas partes regímenes democráticos, pero, en particular en el Centro y en el Este, esas democracias son frágiles; además, la democracia política no ha sabido acompañarse de una verdadera democracia económica y social. La realización de la democracia está más que nunca en el orden del día de Europa.

Europa se ha valido desde muy temprano del pasado, desde la historia. Desde los griegos, Clío es una de las señoras de Europa y los nacionalismos se han apoyado a menudo en una historia que, por otra parte, a veces resulta imaginaria. Y ello porque la referencia a la historia es compleja y ambigua. Como ha dicho Jean

Baudrillard, «desde Hegel la historia se ha convertido en la instancia dominante de la modernidad», pero el mismo Hegel habló del «peso de la historia». Europa debe desembarazarse ahora de las manipulaciones y de las falsificaciones de la historia y del peso paralizante de una cierta referencia a la historia. Europa conoce hoy, más que otros continentes, un despertar de la *memoria*. También aquí si la memoria debe combatir el olvido de los errores y los crímenes del pasado para ayudar a no reproducirlos, debe dejar a una historiografía científica y objetiva la tarea de construir, sobre el respeto a la historia de cada país, la memoria común de Europa.

Incluso en sus períodos de unidad, Europa ha sido diversidad, ya sea bajo el Imperio romano, ya bajo la Cristiandad o durante la revolución industrial. La larga duración de Europa es una dialéctica entre el esfuerzo hacia la unidad y el mantenimiento de la diversidad. Por eso la fórmula de una Europa de las naciones parece mejor adaptada actualmente a las necesidades de una unidad europea.

Esa necesidad de unidad europea concuerda con la aspiración de la historia que ha favorecido unas veces la fragmentación de los conjuntos políticos en unidades nacionales, y otras ha empujado a la constitución de grandes conjuntos, eso que se ha denominado los Imperios. Hoy Europa debe inventar otra forma de unidad distinta a la de un imperio. Tal orientación no responde únicamente a sus necesidades interiores. Responde a los desafíos exteriores que Europa vuelve a encontrar bajo otra forma en el mundo actual. La Europa de la Edad Media y de los Tiempos Modernos tuvo que hacer frente al mundo bizantino, al mundo árabe, al Imperio turco. Hoy, incluso aunque por suerte se trate de una confrontación más pacífica, la existencia de actores de la historia gigantescos por la extensión o por la fuerza económica, o por ambos conceptos a la vez, impone que Europa, si quiere conservar y hacer evolucionar su existencia y su identidad, alcance un tamaño comparable. Frente a América, frente a Japón, frente a la China de mañana, Europa debe tener la masa económica, demográfica y políticamente capaz de asegurar su independencia.

Por suerte tiene a su favor la fuerza de su civilización y de sus herencias comunes. Hemos visto a la civilización europea en el transcurso de 25 siglos, en estratos siempre renovados, ser siempre credora y, como dice un eslogan, hoy la principal materia prima de Europa sigue siendo sin duda la materia gris. Para enfrentarse por lo demás al problema del tamaño, Europa dispone de bazas complementarias. Si sabe unirse suficientemente tendrá la grandeza, si sabe mantener sus diversidades nacionales y regionales se beneficiará también de las virtudes de la pequeñez que recientemente han sido reconocidos. Es rica, sobre todo, de una multiplicidad de tamaños que hacen de ella un mundo de escalas múltiples y complementarias.

En la actualidad se reconoce la importancia para todas las formas de poder y de crecimiento de la educación y de la investigación. Europa se beneficia del capital más viejo de alfabetización. Sigue siendo el principal punto de la innovación en materia de investigación, a pesar de que no disponga, como Estados Unidos o Japón, de medios para explotar como ellos sus

yacimientos de inteligencia. Europa, industrializada desde muy temprano, ha destruido o polucionado mucho su entorno, pero desde la Edad Media las comunidades aldeanas se preocupaban ya de reconstituir un patrimonio forestal echado a perder por una explotación desenfrenada de la madera. Europa posee una herencia ecológica. También aquí la modernidad no es más que la aceleración de una tradición.

Europa también encuentra en su historia tradiciones para responder a la mayoría de los demás desafíos del mundo moderno, incluso aunque estos desafíos hayan adoptado formas y un poder desconocidos hasta ahora. Raymond Aron pensaba que el ideal de la modernidad era «la ambición prometeica, la ambición de convertirse en dueño y poseedor de la naturaleza gracias a la ciencia y a la técnica». Europa ha conocido desde la Edad Media ese riesgo y los remedios han aparecido también desde la Edad Media. El contrapeso de la ética, (ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma) y la sumisión de lo económico

y de lo tecnológico a lo político en el marco del bien común han tutelado el orgullo prometeico.

Otro desafío es el dinero. La Europa del siglo XIII y luego la del XIX se lanzaron desaforadamente hacia el beneficio, hacia la riqueza, y de forma especial hacia la riqueza monetaria. También aquí unas fuerzas morales han sabido limitar el apetito y los estragos del dinero. En líneas generales, la economía que sólo existía en tanto que dominio propio, en tanto que fuerza reconocida en el pasado de la humanidad y en particular en el pasado de Europa, tiende en la actualidad a dominarlo todo. No sólo los estados y los individuos parecen abdicar ante unas fuerzas económicas oscuras de pretendidas leyes económicas, sino que la ciencia económica a cuya escucha servil se han puesto esos estados no ha sabido analizar hasta ahora, y menos todavía hacer retroceder las crisis y su manifestación más desastrosa, el paro. Europa debe dar al mundo el ejemplo de una colocación en su sitio de la economía y de los economistas.

Europa ha sido el lugar principal de nacimiento de la razón. En la Grecia antigua, en la escolástica medieval, en el humanismo del Renacimiento, en la filosofía de las Luces, en la ciencia de los siglos XIX y XX. Si el racionalismo ha adoptado formas excesivas y peligrosas, entre ellas el cientificismo, la reacción actual que parece tentar a muchos europeos, la seducción de un anti-intelectualismo, de un anti-racionalismo que adopta las formas más diversas, desde ciertos delirios ecológicos hasta las excentricidades a menudo peligrosas de las sectas, debe ser combatida: las herencias del pensamiento europeo pueden ayudar a los europeos de hoy a alejar esos fantasmas.

A través de estas proposiciones en las que el historiador se une al ciudadano, se ve, según creo, que el debate por Europa no está entre la tradición y la modernidad. Está en el buen uso de las tradiciones, en el recurso a las herencias, como fuerza de inspiración, como punto de apoyo para mantener y renovar otra tradición europea, la de la creatividad. Uno de los demonios malos de Europa ha sido con demasiada

frecuencia confundir la civilización europea con la civilización universal, querer un mundo a su imagen. Si Europa quiere ser un modelo para el mundo moderno, debe respetar a los otros, abrirse a los otros. Abriéndose es como ha hecho, desde los griegos, grandes cosas.

Jean Baudrillard ha diagnosticado también, entre las enfermedades de la modernidad, una angustia que hoy impulsa a los europeos hacia los paraísos artificiales y el consumo excesivo de tranquilizantes y de medicamentos, el aumento del número de enfermos mentales y de suicidas. También ha conocido eso la vieja Europa, aunque no signifique que la historia sea un eterno retorno. Heráclito tenía razón al decir que el hombre nunca se baña dos veces en el mismo río. Pero hay en la historia estructuras de larga duración que son la base de la identidad colectiva de los hombres y las mujeres que han vivido mucho tiempo juntos a través de las generaciones. Se ha podido situar la instalación del cristianismo en la Europa antigua como ligada a «una edad de ansiedad». La Edad Media y los Tiempos Modernos han sido atravesados por

grandes accesos de miedo, por el desencadenamiento de una locura que Michel Foucault ha situado perfectamente entre el miedo al cambio y el choque de la represión hospitalaria, por las epidemias de suicidio, los desencadenamientos de los problemas de flagelantes, de los delirios de la expectativa milenarista de una noche de la humanidad. Bronislaw Gremek ha mostrado que la exclusión, entre Edad Media y Tiempos Modernos, de marginales privados de domicilio y de trabajo pudo lanzar a los caminos de Europa tropas de vagabundos y mendigos que fácilmente se trasnformaron en ladrones y criminales. Las tropas de parados, de «nuevos pobres», de drogados, de delincuentes de los barrios bajos urbanos sirven de eco en la actualidad a esos marginales, a esos excluidos. Europa supo superar esos miedos y esas crisis. Debe hacerlo hoy sin esperar a que las ciudades que fueron los focos de civilización de Europa estén sembradas de más cadáveres de vencidos por la exclusión. Y para combatir mejor esos azotes recurrentes pero cada vez más insoportables, debe unirse. Y reencontrar una de sus características: el equilibrio, que sólo puede realizarse por la eliminación de las desigualdades, de las

injusticias y, ante todo, de la pobreza. Europa supo distinguir entre una pobreza voluntaria que es una virtud y una pobreza impuesta que es una desgracia. Corresponde a los europeos traducir de nuevo en actos ese combate contra la nueva pobreza impuesta a millones de seres que viven entre ellos.

Europa no es vieja, es antigua. El mundo no es moderno, es actual. La antigüedad bien utilizada es una baza. La historia es una fuerza hacia delante, y, esperémoslo, al volver a dar un contenido y cartas de ciudadanía a un término maltratado por nuestra época, en particular en Europa donde se han producido abominaciones que habría podido pensarse abolidas para siempre en este continente, si no hacia *el* progreso, al menos hacia *unos* progresos.

En este texto he utilizado extractos de otros dos textos: «Europe, vingt-cinq siècles de vie communes», aparecido en *Telerama,* n.° 2226, 12/8 septiembre de 1992, y «L'Europe occidentale médiévale du VIe au XVIe siècle», capítulo de la nueva *Histoire culturelle de l'Humanité,* publicada por la UNESCO (de próxima aparición).

Aludo asimismo a mi artículo *Antique (ancien) Moderne,* aparecido primero en italiano en la *Enciclopedia Einaudi* en 1977 y reproducido en *Histoire et Mémoire,* París, Gallimard, 1988;

al libro de Henri Hauser *La modernité du XVIe siécle,* aparecido en 1930 y reeditado en 1963 por Armand Colin, París, con un prólogo de Fernand Braudel; al artículo de Jean Baudrillard *Modernité,* en la *Encyclopédia Universalis,* tomo 11, 1963, y al libro de Henri Lefebvre, *Introduction à la modernité,* París, Éditions de Minuit, 1962.

Europa es antigua y futura a la vez. Recibió su nombre hace veinticinco siglos y sin embargo sigue hallándose en proyecto. Las contradicciones que parecen plantearse entre LA VIEJA EUROPA Y EL MUNDO MODERNO, con sus desafíos, no son tales. JACQUES LE GOFF muestra en este libro que la antigüedad de Europa, bien aprovechada, puede convertirse en una baza a su favor, en lugar de ser un factor de disolución, o un motivo para su fragilidad. Al rastrear en su historia, el Viejo Continente hallará las respuestas a los desafíos de la modernidad. Al bucear en su permanente diversidad, desde el Imperio Romano hasta la actualidad, podrá enfocar de forma más matizada los requisitos de unidad que actualmente se plantean. A través de estas páginas, el lector encontrará las señas de identidad del continente europeo desde el punto de vista de uno de los historiadores más brillantes del momento. También en Alianza Editorial, «El hombre medieval» (LS 73), bajo la dirección de Jacques Le Goff.

Cubierta: Ángel Uriarte

ISBN 84-206-0768-1



El libro de bolsillo
Alianza Editorial